

843
9.

PQ2227

.Q2

V. 306



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X" F. 75
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS
CUARENTA Y CINCO.

I.

Bel-Esbat.

Es inútil decir que Ernautón, á quien Sainte-Maline creía completamente perdido, seguía, por el contrario, el inesperado curso de su fortuna ascendente.

Desde luego, había calculado que la duquesa de Montpensier, á quien iba á buscar, estando en París, debía naturalmente hallarse en el palacio de

III.

4

Guisa. Por consiguiente Ernautón se dirigió primero al palacio de Guisa, llamó á la puerta principal, que le abrieron con mucha circunspección, y habiendo solicitado el honor de una entrevista con la señora duquesa, se echaron á reir en sus barbas los criados. Luego, como insistiese en su pretensión, le respondieron que debía saber que S. A. residía en Soissons y no en París.

Como Ernautón esperaba este recibimiento, no manifestó la menor turbación, y dijo:

— Siento infinito su ausencia, pues tenía que hacer á S. A. una comunicación de la mayor importancia de parte del señor duque de Mayenne.

— ¿De parte del señor duque de Mayenne? — repitió el portero. — ¿Y quién os ha encargado esa comisión?

— El mismo duque.

— ¡Os ha encargado él mismo! ¡el duque! — exclamó el portero con un asombro admirablemente fingido. — ¿Y en dónde os ha encargado esa comisión? porque está fuera de París, como la señora duquesa.

— Lo sé muy bien, — respondió Ernautón; — pero también yo podía no estar en París, y haber

encontrado al señor duque en otra parte, y no en París; por ejemplo, en el camino de Blois.

— ¿En el camino de Blois? — replicó el portero un poco más atento.

— Es claro, en el camino de Blois puede haberme encontrado el señor duque, y haberme encargado un mensaje para madama de Montpensier.

Una ligera inquietud apareció en el rostro del interlocutor, quien, como si hubiese temido que forzasen su consigna, tenía siempre la puerta entreabierta.

— Entonces ¿dónde está ese mensaje? — preguntó.

— Lo tengo yo conmigo.

— ¿Con vos?

— Sí, aquí, — dijo Ernautón tocándose el pecho.

El fiel criado echó sobre Ernautón una mirada investigadora.

— ¿Decís que traéis vos mismo ese mensaje? — volvió á preguntar.

— Sí, señor.

— ¿Y qué es importante?

— Muy importante.

— ¿Queréis permitirme que lo vea solamente?

— Con mucho gusto.

Y Ernautón sacó de su pecho la cartera del señor de Mayenne.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! ¡ Vaya una tinta particular ! — exclamó el portero.

— Es sangre, — replicó Ernautón con la mayor tranquilidad.

— El criado se puso pálido al oírlo, pues le ocurrió la idea de que aquella sangre podía ser del duque de Mayenne.

En aquella época se experimentaba escasez de tinta, pero no de sangre, que se derramaba en abundancia ; de lo cual resultaba que por lo regular escribían los amantes á sus queridas, y á sus familias los parientes, con el licor más barato y más en circulación.

— Caballero, — dijo en fin el portero con manifiesta ansiedad, — ignoro si efectivamente encontraréis en París ó en sus cercanías á la señora duquesa de Montpensier ; pero, en todo caso, dirigíos sin perder tiempo á una casa del arrabal de San Antonio, que se llama Bel-Esbat y pertenece á la señora duquesa. La reconoceréis en que es la primera á mano izquierda del camino de Vincennes,

pasado el convento de los Dominicos : en ella encontraréis alguna persona al servicio de la señora duquesa, y bastante enterada para que pueda deciros dónde la podéis hallar en este momento.

— Está bien, — replicó Ernautón, conociendo que el portero no podía ó no quería decirle más : — os doy las gracias.

— En el arrabal de San Antonio, — añadió el criado, — cualquiera os indicará la residencia de Bel-Esbat, aun cuando muchos ignoran que pertenece á la señora duquesa de Montpensier, pues hace poco que la ha comprado para vivir retirada del bullicio de París.

Ernautón contestó con una inclinación de cabeza y se dirigió al arrabal de San Antonio.

No tuvo la menor dificultad en reconocer, sin preguntar á nadie, la casa de Bel-Esbat, contigua al convento de los Dominicos ; se encaminó pues á ella, llamó, y la puerta se abrió al punto.

— Entrad, le dijeron.

Y al momento se volvió á cerrar la puerta.

No bien hubo entrado, cuando un criado le detuvo, esperando al parecer que pronunciase alguna palabra convenida ; pero al ver que se

contentaba con examinar el local, le preguntó qué era lo que quería.

— Deseo hablar á la señora duquesa, — dijo el joven.

— ¿Y por qué venís á preguntar por ella á Bel-Esbat? — observó el criado.

— Porque el portero del palacio de Guisa me ha enviado aquí, — contestó Ernautón.

— La señora duquesa no está ya en Bel-Esbat, — respondió el criado.

— En ese caso, — dijo Ernautón, — esperaré un momento más propicio para evacuar el encargo que me ha dado para ella el duque de Mayenne.

— Para la señora duquesa.

— ¿Para ella? ¿para la señora duquesa?

— ¿Un encargo del señor duque de Mayenne?

— Sí.

El criado reflexionó un instante.

— Señor, — dijo, — no puedo cargar con la responsabilidad de contestaros; pero tengo aquí un superior á quien conviene que vaya á consultar. Tened la bondad de esperar un momento.

— ¿Vaya unas gentes bien servidas! ¡cáspita!

— dijo Ernautón. — ¿Qué orden, qué consigna,

qué exactitud! En verdad que deben ser gentes muy peligrosas las que de ese modo se guardan. No se entra, no, en casa de los señores de Guisa como en el Louvre; estoy por creer que no es el verdadero rey de Francia á quien sirvió.

Mirando á su alrededor, vió el patio desierto, pero abiertas todas las puertas de las caballerizas, como si se esperase á alguna tropa que no tuviese que hacer más que entrar y tomar posesión de sus respectivos cuartos.

Ernautón fué interrumpido en su examen por el criado, que entró seguido de otro.

— Dejadme vuestro caballo, señor, y seguid á mi camarada, — dijo, — vais á ver á una persona que satisfará mejor que yo vuestras preguntas.

Ernautón siguió al criado, aguardó un momento en una especie de antecámara, y poco después volvió el criado diciendo que podía pasar adelante. Entró, pues, Ernautón en una salita inmediata, y vió una mujer sencillamente vestida, pero con cierta elegancia, la cual estaba bordando sentada de espaldas á la entrada de la sala.

— Señora, aquí está el caballero que viene de parte del señor de Mayenne, — dijo el lacayo.

La mujer hizo un movimiento, y Ernaudón lanzó un grito de sorpresa.

— ¡ Vos, señora ! — exclamó reconociendo bajo aquella tercera transformación á su paje y á su desconocida de la litera.

— ¡ Vos ! — exclamó á su vez la dama dejando caer su labor y mirando á Ernaudón.

Haciendo después una seña al lacayo, dijo :

— Retiraos.

— ¿ Sois de la casa de la señora duquesa de Montpensier ? — preguntó Ernaudón con sorpresa.

— Sí, — contestó la desconocida ; — pero vos, señor, ¿ cómo traéis aquí un mensaje del señor de Mayenne ?

— Por una serie de circunstancias que no podía prever, y que sería muy largo de contar, — dijo Ernaudón con extremada circunspección.

— ¡ Oh ! sois discreto, señor, — continuó la dama sonriéndose.

— Siempre que es necesario, sí, señora.

— Es que no hallo motivo para discreción tan grande, — dijo la desconocida, — porque si en efecto traéis realmente un mensaje de la persona que decís...

Ernaudón hizo un movimiento.

— ¡ Oh ! no nos incomodemos ; si traéis en efecto un mensaje de la persona que decís, la cosa es bastante interesante para que, en memoria de nuestra amistad, por efímera que sea, nos digáis qué mensaje es ese.

La dama empleó en estas últimas palabras toda la gracia jovial, cariñosa y seductora que puede emplear una mujer linda en su súplica.

— Señora, — respondió Ernaudón, — no me haréis decir lo que no sé.

— Y mucho menos lo que no queréis decir.

— Nada puedo contestar á eso, — replicó Ernaudón haciendo un saludo.

— Haced lo que gustéis respecto á las comunicaciones verbales.

— Ninguna comunicación verbal tengo que hacer, señora ; toda mi misión consiste en entregar una carta á S. A.

— Pues bien, veamos esa carta, — dijo la dama desconocida alargando la mano.

— ¿ Esa carta ? — replicó Ernaudón.

— Tened la bondad de entregármela.

— Señora, — dijo Ernaudón, — creía haber

tenido el honor de deciros que esa carta está dirigida á la señora duquesa de Montpensier.

— Pero ausente la duquesa, — replicó la dama con impaciencia, — yo soy quien la represento aquí; así pues podéis...

— No puedo.

— Desconfiáis de mí, señor.

— Debería, señora, — dijo el joven con una mirada demasiado expresiva para engañarse; — pero, á pesar del misterio de vuestra conducta, confieso que me habéis inspirado otros sentimientos muy distintos de los de que habláis.

— ¡ Verdaderamente ! — exclamó la dama sonrosándose un poco por la mirada inflamada de Ernaúton.

Éste se inclinó,

— Pensad bien lo que decís, señor mensajero, — dijo la dama riendo, pues me estáis haciendo una declaración de amor.

— Sin duda que lo pienso, señora, — respondió Ernaúton, — no sé si os volveré á ver jamás, y la ocasión que se me presenta es demasiado preciosa para que la deje escapar.

— Entonces, caballero, comprendo.

— Señora, comprendéis que os amo, y esto es muy fácil de comprender.

— No, yo comprendo cómo habéis venido aquí.

— ¡ Ah ! Dispensadme, señora, — dijo Ernaúton, — ahora soy yo el que no comprende.

— Es muy sencillo; comprendo que teniendo deseo de volver á verme, habéis ideado un pretexto para introducirme aquí.

— ¡ Yo idear un pretexto, señora ! ¡ Ah ! Me juzgáis muy mal. Ignoraba que debía volver á veros, y todo lo esperaba del acaso, que ya por dos veces me había hecho encontrarme con vos; pero ¡ buscar yo pretexto ! Jamás. Yo soy de un carácter particular, y no pienso en ninguna cosa como los demás:

— ¡ Oh ! ¡ oh ! ¡ Decís que estáis enamorado, y tenéis escrúpulos sobre el medio de volver á ver la persona que amáis ? Eso es magnífico, caballero, — dijo la dama con cierto orgullo burlón. — Pues bien, yo sospechaba que tuviéseis escrúpulos.

— ¡ Y por qué lo sospechábais, señora ? si tenéis á bien decírmelo, — preguntó Ernaúton.

— Porque el otro día, yendo yo en una litera,

me habéis encontrado, me habéis reconocido, y á pesar de eso no me habéis seguido.

— Mirad lo que decís, señora — dijo Ernaudón, — porque estáis confesando que habéis fijado la atención en mí.

— ¡ Vaya una confesión! ¿ No nos hemos visto en circunstancias que me permiten, á mi especialmente, asomar la cabeza por la portezuela cuando pasáis? Pero no: el caballero se alejó al gran galope, después de haber lanzado un ¡ ah! que me ha hecho estremecer en el fondo de mi litera.

— Me veía forzado á alejarme, señora.

— ¿ Por vuestros escrúpulos?

— No, señora; por mi deber.

— ¡ Vamos, vamos! — dijo riendo la dama; — veo que sois un enamorado razonable, circunspecto, y que, sobre todo, teméis comprometeros.

— ¿ Y qué tendría de particular que me hubiéseis inspirado ciertos temores, señora? — replicó Ernaudón. — Decidme si es costumbre que una mujer se vista de hombre, fuerce las barreras y venga á ver descuartizar á un desgraciado en la plaza de Greve, y eso haciendo multitud de gesticulaciones incomprensibles.

La dama palideció ligeramente, luego ocultó, por decirlo así, su palidez bajo una sonrisa.

Ernaudón prosiguió:

— ¿ Es natural, en fin, que esa dama, así que ha tenido ese extraño placer, tenga miedo de ser arrestada, y huya como una ladrona; ella que está al servicio de madama de Montpensier, princesa poderosa, aunque bastante malquista en la corte?

La dama volvió á sonreirse, pero con una ironía más manifiesta.

— Á pesar de vuestra pretensión de ser observador, tenéis poca perspicacia, caballero, — respondió; — porque verdaderamente, con un poco de sentido común, os hubierais explicado al instante todo lo que os parece obscuro. Primeramente, ¿ no era muy natural que la señora duquesa de Montpensier se interesase en la suerte del señor de Salcedo, en lo que pudiese decir, en sus revelaciones falsas ó verdaderas, capaces de comprometer toda la casa de Lorena? Y si eso era natural, caballero, ¿ lo era menos que esa princesa enviase una persona segura, íntima, que le inspirase toda la confianza, para presenciar la ejecución, y acreditar como testigo ocular los menores detalles? Pues bien; esa per-

sona, caballero, era yo; yo, confidente íntima de S. A. Ahora veamos, ¿creéis que podía yo entrar en París, estando cerradas todas las barreras? ¿Creéis que podía ir á la plaza de Greve vestida de mujer? ¿Creéis, en fin, ahora que conocéis mi posición cerca de la duquesa, que podía yo permanecer indiferente á las torturas del paciente y á la veleidad de sus revelaciones?

— Decís muy bien, señora, — respondió Ernautón haciendo una reverencia, — y os confieso que admiro ahora tanto vuestro talento y vuestra lógica, como hace poco admiraba vuestra hermosura.

— Gracias, señor; pero puesto que ya nos conocemos y quedan bien explicadas las cosas entre nosotros, dadme la carta, una vez que existe tal carta, y no es un simple pretexto.

— Imposible, señora.

La desconocida hizo un esfuerzo para no irritarse, y repitió:

— ¿Conque es imposible?

— Sí, imposible, porque he jurado al duque de Mayenne no entregar esta carta sino á la misma duquesa de Montpensier.

— Decid más bien, señor, — exclamó la dama comenzando á abandonarse á su irritación, — decid más bien que no existe semejante carta; decid que, á pesar de vuestros supuestos escrúpulos, esa carta no ha sido más que el pretexto de vuestra entrada en esta casa; decid que queríais verme, y nada más. En ese caso, estáis satisfecho; no solamente habéis entrado aquí, y me habéis visto, sino que me habéis dicho que me adorabais.

— En cuanto á eso, como respecto de todo lo demás, os he dicho la verdad, señora.

— Pues bien, sea así; me adoráis, habéis querido verme y me habéis visto; os he proporcionado un placer en cambio de un servicio; estamos pagados: adios.

— Voy á obedeceros, señora, — dijo Ernautón, — y supuesto que me despedís, me retiró.

Esta vez la dama se irritó seriamente.

— Está bueno eso; pero si vos me conocéis, — dijo la dama, — yo no os conozco; por consiguiente, ¿no os parece que tenéis demasiadas ventajas sobre mí? ¡Ah! Creéis que basta entrar bajo un pretexto cualquiera en casa de una princesa, porque estáis en casa de madama de Montpensier, y decir: « He

salido bien en mi perfidia, y me retiro. » Caballero, ese rasgo no es propio de un hombre galante.

— Paréceme, señora, — dijo Ernaudón, — que calificáis con demasiada dureza lo que á lo sumo sería solo una superchería de amor, si no fuera, como ya he tenido el honor de deciroslo, asunto de la más estricta verdad. No quiero refutar vuestras duras expresiones, señora, y olvido absolutamente cuanto de afectuoso y tierno haya podido deciros, puesto que tan mal dispuesta os halláis con respecto á mí; pero no saldré de aquí bajo el peso de las injustas inculpaciones que me hacéis. Tengo, en efecto, una carta del señor de Mayenne para entregarla á la duquesa de Montpensier, y esa carta, miradla, está escrita de su mano, como podéis ver por el sobre.

Ernaudón alargó la carta á la dama, pero sin soltarla.

La desconocida fijó en ella la vista, y exclamó :
— ¡ Su letra ! ¡ Sangre !

Ernaudón, sin contestar nada, volvió á guardarse la carta en el bolsillo, saludó con su cortesía habitual, y pálido y llevando la muerte en el corazón, se dirigió hacia la puerta de la sala.

La dama corrió tras él, y como á otro José, le cogió de la capa.

— ¡ Qué es esto, señora ? — dijo Ernaudón.

— Por piedad, señor, — exclamó la dama, — perdonadme. ¿ Le ha sucedido alguna desgracia al duque ?

— Que perdone ó no, señora, — dijo Ernaudón, — es igual ; en cuanto á la carta, puesto que solo pedís perdón por leerla, y que sólo madama de Montpensier la leerá...

— ¡ Oh ! ¡ Qué insensato eres ! — exclamó la duquesa con un furor lleno de majestad. — ¡ No me conoces, no adivinas quién soy, no ves brillar aquí más que los ojos de la humilde criada ? Yo soy la duquesa de Montpensier ; entrégame esa carta.

— ¡ Sois la duquesa ! — exclamó Ernaudón retrocediendo con asombro.

— La misma. Ea, dame esa carta. ¿ No ves que estoy impaciente por saber lo que ha sucedido á mi hermano ?

Pero en lugar de obedecer, como esperaba la duquesa, Ernaudón, vuelto de su primera sorpresa, se cruzó de brazos, y dijo :

— ¿Cómo queréis que crea en vuestras palabras, cuando ya me habéis mentido dos veces?

Aquellos ojos, que la duquesa había ya invocado en apoyo de sus palabras, lanzaron dos rayos mortales, pero Ernautón soportó con valor su fuego.

— ¿Dudáis todavía, necesitáis pruebas cuando yo afirmo? — exclamó la dama en tono imperioso y rasgando con sus uñas sus puños de encaje.

— Sí, señora, — respondió Ernautón fríamente.

La desconocida se precipitó hacia un llamador metálico, y casi lo rompió con el furioso golpe que descargó sobre él; su vibración resonó largo rato por todas las habitaciones, y antes que hubiese cesado, se presentó un lacayo.

— ¿Qué ordena madama? — preguntó.

La desconocida golpeó el suelo con el pie llena de furor, y dijo:

— ¡Mayneville, llamo á Mayneville! ¿No está en casa?

— Sí, señora.

— Pues bien, que venga al punto.

El criado salió de la estancia, y un minuto después entró Mayneville precipitadamente, y dijo:

— Señora, estoy á vuestras órdenes.

— ¡Señora! ¿Y desde cuándo me llamo simplemente señora? — exclamó la duquesa desesperada.

— Estoy á las órdenes de V. A., — replicó Mayneville haciendo una reverente salutación y lleno de asombro.

— Está bien, — dijo Ernautón: — puestó que tengo enfrente de mí un hidalgo, si me falta á la verdad, por Dios santo que sabré á lo menos con quién he de habérmelas.

— ¿Conque al fin creéis? — dijo la duquesa.

— Sí, señora, creo, y en prueba de ello tomad la carta.

Diciendo así, y haciendo una reverencia, entregó á madama de Montpensier aquella carta por tanto tiempo disputada.